

# Una deformación de la tradición literaria

Por Ricardo González Vigil

Los objetivos y las consideraciones teóricas de **La formación de la tradición literaria en el Perú** (Lima, Centro de Estudios y Publicaciones-CEP, 1989; 199 pp.) de Antonio Cornejo Polar resultan, sin duda, válidos y trascendentes. Desgraciadamente, su aplicación adolece de graves carencias y gruesas tergiversaciones, a tal grado que lo que promete ser una lectura histórica de las etapas, cada una con su tendencia hegemónica y sus tendencias subordinadas, por la que ha pasado hasta ahora la formación de nuestra tradición literaria, termina siendo una deformación.

Por un lado, pues, aplaudimos la vigorosa defensa de la historiografía literaria, convencidos de la necesidad de que los estudios literarios enfoquen a la producción y la recepción literarias "dentro de la totalidad social", y el "proceso histórico-social del Perú" (p. 199). También, la concepción del "carácter no orgánicamente nacional de la literatura peruana" que conduce a la visión de nuestra (s) tradición (es) literaria (s) como una "totalidad contradictoria" (sobre todo las pp. 131-142 y 184-199).

Basándose en ambas cuestiones, brota el ambicioso proyecto de analizar y evaluar las visiones de nuestra tradición que se han ido produciendo, con opciones en pugna, a lo largo de nuestro proceso histórico-social: "una tradición literaria nacional reproduce a su manera las imágenes con que cada sujeto social construye su idea de nación, lo que implica que pueden existir al mismo tiempo y en una misma sociedad dos o más tradiciones literarias. Es función primordial de la historia literaria, en este caso, examinar la contienda entre las tradiciones diversas, rastrear sus dinámicas, con la variabilidad de sus posiciones de hegemonía o subordinación, de emergencia o resistencia, con sus múltiples matices, y construir el marco dentro del cual el conflicto entre las tradiciones beligerantes o alternativas adquiere — precisamente por sus contradicciones — un sentido de totalidad". (p.16).

Todo ello va bien orientado, en tanto hace suyos planteamientos admirables de José Carlos Mariátegui y José María Arguedas (paradigmas metodológicos, culturales e ideológicos de Cornejo Polar, además de su sustento de fondo en la cosmovisión marxista). La novedad del esfuerzo de Cornejo Polar residiría en su capacidad para "examinar la contienda...rastrear sus dinámicas...y construir el marco"; y eso es lo que falla, lo que torna insatisfactoria y distorsionante su tentativa de lectura.

Anotemos brevemente sus principales carencias y limitaciones:

1) Reconociendo la coexistencia de numerosas tendencias y sistemas literarios (y, en muchos pasajes, complaciéndose en elogiar las tradiciones indígenas y populares, inclusive abogando por la "resistencia" frente a la tendencia hegemónica de la norma culta en lengua española), el volumen se ciñe a efectuar un balance del proceso de la literatura escrita en castellano, deteniéndose en la tendencia hegemónica y esbozando apenas las tendencias subordinadas. La excusa causa perplejidad: "En el estado actual de los conocimientos sobre el tema sería irresponsable tratar los casos de las literaturas indígenas y populares. Aunque haremos algunas anotaciones al respecto a lo largo de la exposición, pero sobre todo en el último capítulo que es — más bien — un apéndice; este libro se concentra sobre

(sic.) la tradición de la literatura hegemónica. Dentro de ella detectamos las resonancias de los otros sistemas literarios nacionales". (p. 14; también véase la p. 157).

La responsabilidad del crítico exige de él que trace el "estado de la cuestión" de los conocimientos e investigue lo poco o mal o nada estudiado; y no que aguarde a que maduren los aportes ajenos para evaluarlos. Por lo demás, no es poco lo que han iluminado sobre las literaturas indígenas y populares Arguedas, Jesús Lara, P. Lira, Efraín Morote, los hermanos Montoya, Enrique Urbano, Edmundo Bendezú, Stefano Varese, Jordana Laguna, André Marcel d'Ans, Ortiz Rescaniere, Luis Millones o Alberto Flores Galindo, en una lista de algunos nombres representativos de una labor asumida meritoriamente por muchos más. Si Mariátegui ya cometía una grave emisión hace seis décadas, al excluir las tradiciones orales; ahora no cabe excusa alguna para regatearles espacio en una visión de la "totalidad contradictoria".

2) Siendo escasas las menciones de lo indígena y lo popular, giran casi por completo en torno del mundo andino. Apenas dos líneas dedicadas a "la cultura negra costeña" (p. 142). ¿Y la Amazonía? ¿Y la descendencia de chinos, japoneses y otros pueblos asiáticos?.

3) No tiene en cuenta las visiones histórico-culturales (con implicancias para configurar una tradición literaria) de los

cronistas interesados en las tradiciones indígenas, pero pasemos a enumerar rápidamente el olvido del Lunarejo, autor dramático en quechua y fervoroso defensor de la creatividad cultural del Nuevo Mundo; de Peralta, enfocado en su sensibilidad nacionalista por Emilio Choy; de Olavide, pionero del cosmopolitismo; de varios intelectuales de la generación del *Mercurio Peruano* (revista en la que ya palpita el costumbrismo y se paladea el yaravi), en especial Hipólito Unanue, quien bosquejó una "idea del Perú". Completariamente, el rol de las menciones de escritores peruleros a cargo de Cervantes y Lopé de Vega.

4) Y en lo concerniente a los siglos XIX-XX, lamentamos la omisión de Abraham Valdelomar (basta revisar los libros de L. A. Sánchez y A. Zubizarreta sobre él para apreciar su papel fundador, influyente en Mariátegui, More, etc.) y V. A. Belaunde (éste mencionado sólo de paso), por no adentrarnos en la historiografía literaria posterior a 1930, aludida escasamente (casi siempre en notas a propósito de escritores anteriores a ellos).

En cuanto a las tergiversaciones, abordemos las de mayor envergadura (aunque también se caricaturiza a Olmedo, Chocano y Ventura García Calderón), las que son tremendas por servir de (frágil) fundamento al balance tejido en el libro, graficado en la p. 106. Las padecen tres autores juzgados (con toda razón) cruciales en el desarrollo de la "tendencia hegemónica" y las "tendencias subordinadas": Ricardo Palma, Manuel González Prada y José de la Riva-Agüero. En los dos primeros casos, hay pasajes en los que Cornejo Polar percibe en forma parcial y tenue su complejidad o ambigüedad, a contramano del retrato esquemático (hasta la distorsión) que les ha propinado. En el tercero, sin atenuante alguno (a pesar de registrar en una nota la "más inteligente defensa de Riva-Agüero" hecha por Luis Loayza, '79), lo reducé a ciertas afirmaciones sectarias de su primer libro (publicado a los 20 años de edad: **Carácter de la literatura del Perú independiente**), como si fuera el único de una producción que alcanzó su maduración intelectual en **La historia en el Perú, Paisajes peruanos, Elogio del Inca Garcilaso y El Perú histórico y artístico**.

Reducir a Palma a la recuperación del período colonial es regatearle su peruanismo (y, en otra dimensión, su americanismo) sin exclusiones y su desvelo por el logro de una genuina literatura nacional (tan claro esté en las palabras que le dedica a Clorinda Matto). Juzgado con las fuentes historiográficas que disponía (anteriores a Uhle, Viennrich, J. C. Tello, ediciones claves de muchas crónicas inéditas u olvidadas, etc.), Palma prestó atención a lo indígena y lo popular; además, algunas de sus mejores tradiciones corresponden a los años de la Conquista y las Guerras Civiles, o al siglo XIX (como las del Libertador San Martín y Castilla). Por su parte, González Prada marcó considerablemente el amor a lo indígena y nacional (influyó en Abelardo Gamarra y Adolfo Viennrich), el Indigenismo de comienzos de siglo, el simbolismo y refinamiento de Eguren, la rebeldía ideológica de Vallejo, etc. No vale la pena, finalmente, insistir en la teoría del Perú integral de Riva-Agüero, y en su emoción ante la sierra y el legado andino, hasta escribir — cual otro indigenista — la leyenda de Palla-Huarcuna.

## Reducir a Palma a la recuperación del período colonial es regatearle su peruanismo...

autores anteriores al siglo XIX. Particularmente garrafal resulta la ausencia del Inca Garcilaso (sólo mencionado, y muy de paso, al tocar la lectura que despertó en estudiosos del siglo XX), quien no sólo bosquejó una historia general del Perú (empresa en la que lo precedió Cieza de León, incluyendo ambos dentro de la historia peruana tiempos prehispánicos, juzgados con patente veneración), sino que esbozó un cuadro de la creación literaria en el Tahuantinsuyo (aprovechando datos de otro apasionado por el Antiguo Perú: el P. Blas Valera), aspecto puesto de relieve por Jesús Lara; defendió con entusiasmos la habilidad de indios y mestizos para rendir frutos en artes, letras y ciencias (en términos que anuncian los de Gamaliel Churata y Arguedas); invitó a sus paisanos a seguir la ruta cultural por él abierta; elogió la expresividad de la lengua quechua, bregando (junto con el P. Valera) por su preservación y cultivo; en fin, festejó las informaciones que recibía sobre actividades teatrales coloniales con participación de indios y mestizos. Si Aurelio Miró Quesada y José Durand lo han reputado nuestro primer clásico y primer humanista, y Alberto Escobar, nuestro primer lingüista; bien podríamos conceptuar a Garcilaso un pionero de la historiografía literaria.

Cabría lamentar la ausencia de otros